LA FLOR DE LA ESPERANZA.

Comedia en un acto, en verso, original de D. Francisco Botella y Andrés, *para representarse en Madrid el año de* 1857.

PERSONAGES.

CAROLINA.
ADELA.
DON LUIS.
DON TADEO.
EDUARDO.

Sala elegante: Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, CAROLINA.

DE. Vamos, no pienses en eso.
AR. Y cómo no he de pensar,
cuando es ese pensamiento
quien me consuela no mas,
y por mucho que yo haga
nunca le podré apartar
de mi memoria! Aquel tiempo
de tanta felicidad
para mi pasó, cual pasan
las breves olas del mar,
dejando en mi corazon
mas de una herida mortal,
que nada, nada en el mundo
la puede cicatrizar!
Crees que este matrimonio,
que es contra mi voluntad,
debe causarme alegria,
ni hacerme feliz jamas?
Crees que aunque yo consienta
en esa boda, podrá
el corazon resistir
á tal desventura? Ya
hace tiempo que la calma
hicieron de aqui auyentar
los pesares, y ha volado
para no volver jamás!
AE. Y no me has contado nunca
ese lance, que la paz
robó de tu corazon
y que forma tu pesar.
CA. Fué, si se quiere, una escena
bastante superficial,
mas la grabó el corazon
con harta profundidad.
Era una noche de baile;
cruzábanse sin cesar
por el salon espacioso
mil parejas; la ansiedad
de la alegria reinaba
por do quiera, y al compás
de una orquesta deliciosa
se lanzaban á bailar.
Dulce la luz, el perfúme
de las flores, el brillar
de las riquezas, que en torno
venian á deslumbrar
mi vista, me fascinaba,
y en tranquila soledad
meditaba recostada
en un lujoso divan.
Nadie reparaba en mi,
y ni mis ojos jamás
se fijaban en ninguno,
ni ninguno ví fijar
en los mios, hasta que
de repente, sin dejar
que mi oido percibiese
sus pisadas, un galan
de bella figura, airoso,
y de elegante ademan,
llegó galante á mi lado,
y se atrevió á murmurar
unas palabras, que al punto
crei un cumplido casual,
pero sus dulces miradas,
su manera de espresar
lo que sus labios llamaban
una pasion ideal,
vino sin yo saber cómo
mi corazon á turbar...
Rubor me cuesta decirlo,
pero...
ADE. Te agradó el galan?
CAR. Es cierto. Desde aquel dia

678511

no le he vuelto á ver ya mas,
ni sé si me habrá olvidado,
ni si memoria tendrá
de aquella noche; yo guardo
su recuerdo...
ADE. Pero ya
ha pasado mucho tiempo.
CAR. Un año por carnaval.
ADE. Y el partido que tu tio
te propone...
CAR. Oh! no, jamás
podré convenirme á él;
y aunque tenga que aceptar
su proposicion, lo haré
sin ninguna voluntad.
ADE. Pues el partido es muy bueno.
CAR. Es rico, si, qué mas dá,
si la riqueza no puede
hacer la felicidad?
ADE. Ya tu tio se ha empeñado...
CAR. Y me ha dicho muy formal:
una de dos, ó te casas
con don Eduardo, ó has
de recibir por esposo
á tu mismo tio.
ADE. Ya...
no puedo tener la risa,
porque es muy particular
el lance; con que á elejir,
ó tu tio, ó el galan
consabido; no hay remedio,
por uno tienes que optar.
Don Eduardo es muy jóven...
y no podemos juzgar
por su figura, porque
no le hemos visto jamás;
pero es rico, y por muy malo
siempre debe valer mas
que tu tio. Viejo y jóven
para tu eleccion te dan,
elige jóven, que al cabo
no será tan grave el mal.
CAR. Y tu no me dices nada
de tus amores?
ADÉ. Ay! ya
voy perdiendo la esperanza,
porque su tardanza es tal
en declararse, que creo
que nunca hacerlo querrá.
CAR. Y es buen mozo?
ADE. Si, muy guapo.
CAR. Quisiera verle.
ADE. Estará,
como siempre, en esa esquina.
Se contenta con rondar
la casa, y aunque sus ojos
clavados siempre aqui están,
cuantas veces al balcon
me he decidido á acercar,
para ver si le animaba,
no deja de pasear.
CAR. Ay! es la voz de mi tio.
ADE. Pues me voy á retirar.
Hasta luego.
CAR. Vé con Dios.
ADE. Que él tenga de ti piedad.

ESCENA II.

CAROLINA.

Siempre me vá persiguiendo.
Cómo podria impedir...
Haré que estaba cosiendo. (*se sienta.*)
Santo cielo! ya está aqui!

ESCENA III.

DON TADEO, CAROLINA.

TAD. Ola! me alegro de hallarte
tan sola y entretenida;
mas pudiera molestarte
acaso con mi venida...
CAR. No señor, con la costura
me entretuve...
TAD. Ya, y estabas
meditando... Bá, pensabas
en tu cercana ventura?
Me alegro, me alegro mucho.
Oh! tu tio en los placeres
del amor está muy ducho...
yo conozco á las mugeres...
Jóven arrogante y bella
que medita y que suspira,
y sus ojos cuando mira
cubre el tinte del rubor,
y sobre su mustia frente
la palidez se ha marcado,
es que la paz le han robado,
que está muriendo de amor.
Si busca las soledades,
y con fervoroso anhelo
sus ojos eleva al cielo
con semblante encantador,
y entre sus negras pupilas
brota una lágrima bella,
es que la pobre doncella
se está muriendo de amor.
Y si el aróma le cansa
de las campesinas flores,
y al reparar sus primores
no le agrada su color,
ni del tranquilo arroyuelo
la corriente deliciosa...
es que la jóven hermosa
se está muriendo de amor.
Ni la plácida armonia
de las aves, ni en la tarde
cuando despiden el dia
los trinos del ruiseñor;
si nada su mente inquieta,
mas que su oculta querella,
es que la jóven doncella
se está muriendo de amor.
Y no es que se me haga estraño
el creer en tal porfia;
tu alma, como la mia,
de fortaleza mayor
jamás debe hacer alarde,
pues, Carolina, en el mundo
ó mas temprano ó mas tarde
á todos hiere el amor.
CAR. Será exacta esa pintura,
mas á veces se confunde
la dicha con la amargura,
y el placer con el dolor.
Y si una jòven se encierra

en su oscuro gabinete,
sin que ya nada en la tierra
la quite su mal humor,
y que al levantar sus ojos
todos la causan enojos...
puedo ser tambien acaso,
que la fastidie el amor.
Y si al ver galan rendido
que entre suspiros y lloros
la ofrece ser su marido
con acento seductor...
Si ella pálida é inquieta
vuelve su rostro á otro lado...
es por cierto, bien mirado,
que la fastidia el amor.
Y si las flores le cansan,
y le incomoda el murmullo
de los rios, y el arrullo
del amante ruiseñor,
y la luz de la alborada,
en su constante querella
dará á entender la doncella
que la fastidia el amor.
Y no os debe ser estraño
en creer en tal porfia,
vuestra alma como la mia
de una constancia mayor
jamás debe hacer alarde,
que si á veces se ama mucho,
ó mas temprano ó mas tarde
al fin nos cansa el amor.

TAD. (Bastante espresiva ha sido
su respuesta. Pues señor,
no sé si habrá comprendido
que estoy muriendo de amor.)

CAR. (Bastante directa ha sido
la intencion del buen señor.
No sé si habrá comprendido
que me fastidia su amor.)

TAD. Es decir, que en tu porfia
no podrá nunca á tu lado
vivir un ser adorado?

CAR. Quién dice que el alma mia
á una sincera pasion
no pudiera dar abrigo?
Acaso no va conmigo
un sensible corazon?
Pero corazon que sabe
amar solo á su manera,
y que no dará á cualquiera
de sus secretos la llave.

TAD. Es mucha tenacidad!
Si el partido que te he hecho
no puede dar á tu pecho
cual piensas, felicidad,
otro tambien te propongo
que te debe convenir,
y entre los dos elejir
puedes libre; no me opongo.

CAR. Mas no me agrada ninguno,
ya dos veces os lo he dicho.

TAD. Pues ese raro capricho
es por demás importuno.
No soy jóven, mas soy rico,
y siempre es caza buscada,
aunque esté el ave pasada,
si tiene de oro el pico.
Mi posicion... Yo mañana
puedo ser ministro acaso...

CAR. Por lo mismo no me caso;
porque no me dá la gana
de que si al cabo de un mes
malgasta usted el dinero
de la nacion...

TAD. Caballero...
digo... señora! no es
esa de usted la incumbencia.

CAR. Si, señor, es muy espuesto.
el llegar hasta ese puesto;
no quiero ser excelencia.

TAD. Es tu idea exagerada...

CAR. Si, será como usted quiera,
mas de ninguna manera
me ha de convenir.

TAD. Por nada
te decides?

CAR. No señor,
está mi pecho vacio,
y dice á usted, caro tio,
que me fastidia el amor. (*vase.*)

ESCENA IV.

DON TADEO.

Habrá atrevida! No sabe
que si quiero, puedo hacer
que se quede sin un cuarto?
Su padre, que en gloria es,
me dejó como tutor
de sus bienes, y podré
con una cuenta cualquiera
su herencia desvanecer.
Pues digo, cuentas á mi,
y de esta especie, cuando es
mi fuerte... No digo nada,
si yo sabré resolver...
Oh! no se quiere casar
con don Eduardo... Pché...
eso fué solo una intriga
que en mi magin inventé...
A Eduardo le guardo
para Adela; puede hacer
con ella un buen matrimonio.
Yo á Carolina sabré
convencerla, y en un dia
dos bendiciones... y amen.

ESCENA V.

DON TADEO, EDUARDO.

EDU. Don Tadeo!

TAD. Ola! Eduardo!
tanto bueno por aqui!

EDU. Hace un instante he dejado
el tren del ferro-carril,
para venir á abrazar
á usted y á ella.

TAD. Oh! si, si,
no sabes cuanto placer
me acabas de dar. Y di,
vendrás por supuesto pronto
á casarte?..

EDU. Oh! si, si,
lo deseo ya con ansia,
y aunque aun no conocí
á mi futura, la amo
con ardiente frenesí;
creo que del mismo modo

ella debe amarme á mí.
Oh! si, no hay muger ninguna
que no se deje rendir
á mi maña, á mis encantos...
ó qué sé yo; pero en fin,
el caso es que á todas rindo
con mirarlas y reir.

TAD. Demonio! Risa temible!

EDU. No la pueden resistir
las bellas.

TAD. Pues, Eduardo,
te pido un favor... por mi.
Yo tengo aqui dos sobrinas,
una la destino á ti;
delante de ella te dejo
cuanto quisieres reir,
mas delante de la otra
si es que me quieres á mi,
estáte mas serio y tieso
que una vara de medir.

EDU. Descuide usted, don Tadeo.
Cuando de Cádiz sali,
juré no amar á otra dama
que la que me aguarda aqui.

TAD. Bien, bien, entonces... tu cuarto
te tengo dispuesto alli.

EDU. Voy á quitarme este polvo,
que deseo al serafin
admirar que ha de encantarme
con sus hechizos. *Vivir*
para amar siempre, y amar
para vivir. Ved aqui
mi eterno y constante lema
en España y en Pequin.
(*vase por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA VI.

DON TADEO.

Ja... ja... me gusta el muchacho,
es vivo como una ardilla.
Van saliéndome las cosas
mucho mejor que creia.
A este le casaré
con Adela mi sobrina;
á él lo mismo le dá...
y asi queda Carolina
libre y para mi, no hay duda;
siempre el talento se indica
en quien pretende á ministro
subir, y que ya administra
como un ministro de hecho
el caudal de sus sobrinas.
Voy á disponerlo todo.
Oh! patria! Si en algun dia
te se ofrece una cabeza,
manda á casa por la mia.

ESCENA VII.

DON LUIS, *por el foro.*

Oh! no hay remedio; me lanzo
con esperanza ó sin ella,
y maldeciré mi estrella
si por mi mal nada alcanzo.
Aqui vive; si, no hay duda,
pero jamás la paloma
á las ventanas se asoma,
ni el rayo del sol saluda.
Siempre por su calle vago
para poder admirar
su rostro bello, y gozar
de su mirada el alhago;
mas nunca sale; no importa,
me decidi, y aqui estoy;
no tengo duda, ahora voy
por la distancia mas corta.

ESCENA VIII.

DON LUIS, CAROLINA.

CAR. Ah!

LUIS. Señora!..

CAR. Caballero...

LUIS. Perdone usted si atrevido
hasta sus pies he venido.
Usté, quizá, á lo que infiero,
no recordará...

CAR. Oh! si, si.

LUIS. Recuerda usted? Oh! alegria!
Me anunciaba el alma mia
que se acordaba de mi!
Pues bien, señora, una noche
gocé la ilusion querida...
que miré desvanecida
junto al estrivo del coche
en que usted partió; anhelaba
volverla á encontrar, y ahora
que hallé esta dicha, señora,
de su recuerdo dudaba.

CAR. Ah! tambien mi corazon
de entonces late intranquilo,
y en los temores vacilo
de una constante pasion.

LUIS. Pues ya que mi atrevimiento
me trajo de usted al lado,
no habiéndome sido dado
antes de hoy este momento,
quiero no pueda dudar
cuanto mi pecho la adora,
y saber de usted, señora,
si tambien me puede amar.

CAR. Pero yo no sé si debo...

LUIS. Señora... por qué el temor?
Debe usted, cuando mi amor
con mi constancia le pruebo.

CAR. Usted amó antes de ahora?

LUIS. Acaso se estrañará!..
Y usted no lo creerá
si digo que no, señora.

CAR. De veras?

LUIS. Cosa es notoria.
Con mi primera pasion
la que me dá el corazon
quiero que sepa mi historia.
De la ambicion perseguido,
por llenar el alma mia,
tomé el viajar á mania
y medio mundo he corrido;
en él, señora, he encontrado
lo que á todos les alcanza;
irme lleno de esperanza
y volver... desengañado!..
Los viajes me han servido,
despues de un afan profundo,
para despreciar el mundo
porque el mundo he conocido;
pues ese caos inmenso,

que por desgracia he cruzado,
en el pecho me ha dejado
de dolor recuerdo intenso!..
En él perdí la quietud,
y embotados mis sentidos,
pasé los años floridos
de la bella juventud.
Luego solo ví falsía,
torpes mentiras y amaños...
en fin, no cuento treinta años
y la soledad me hastia.

CAR. (A dónde irá el buen señor?..)

LUIS. Combatido de ilusiones,
probé todas las pasiones
menos la pasion de amor.
Fui torpe con la muger,
seductor, espadachin,
jugador... Señora, en fin,
fui todo cuanto hay que ser.
Esta confesion que arranca,
Carolina, una pasion,
no dude usté, es confesion
tan sincera como franca.
Solo el amor en mi pecho
no entraba nunca; en el mundo
de amar con amor profundo
no se saca gran provecho;
por eso alli nunca amé,
pero de él ya retirado,
amar bien y ser amado
necesitaba... y busqué!
Era la sola ilusion
que quedaba ya en mi vida,
la única hoja prendida
en la flor del corazon!
Quise una muger, si cabe,
para hacerla muy dichosa,
tan bella como una rosa,
y tan pura como un ave.

CAR. (Y ella sin duda yo fui.)

LUI. La busqué con ansiedad,
es difícil, en verdad,
pero hallarla consegui.
Yo la miré con amor,
y ella mi amor comprendia,
mas ay! unidos sentia
la esperanza y el temor;
porque como el crudo viento
de la inclemente fortuna,
fue marchitando una á una
tantas hojas con su aliento,
temia que se arrancase
la que quedaba prendida,
y una vez ella caida
mi corazon se agostase!
Ya que sabe usted mi historia
su rigor no me acobarda,
y ya que usted siempre guarda
de mi recuerdo memoria,
me sobra la confianza,
y digo á usted, bella flor,
que en el jardin de mi amor,
es la flor de la esperanza.

CAR. Bien el acento de usted
sabe espresar lo que siente,
y si el acento no miente...

LUIS. Señora...

CAR. Contestaré.
Entre aves y entre flores
mi vida se deslizaba,
y á la senda me acercaba
de los risueños amores.
Jamás palabra importuna,
ni pensamiento alhagueño
de amor turbaba mi sueño,
tranquilo como en la cuna.
Era eterna mi ventura,
y vivia sin dolores,
hermosa como las flores,
y como las aves, pura.
Un galan junto á mi un dia
murmuró... acaso un cumplido,
mas quién dijera que herido
en mi corazon habia!
De entonces huyó la calma
que gozaba eternamente,
y se marchitó mi frente
y se entristeció mi alma.
Era que mi corazon
á un mundo nuevo se abria,
era que el fuego sentia
de la primera pasion;
y triste y acongojada,
la imágen de aquel galan
calmaba solo mi afan
siempre en mi pecho grabada;
y en medio de mi ternura,
aquella imágen querida
era el imán de mi vida
era mi sola ventura!
Ella en plácida bonanza
me presta aliento y valor,
y en el jardin del amor
es... la flor de la esperanza!

LUIS. Oh! dicha! Al lado de usted
se calmará mi porfia.

CAR. Tambien junto á usted la mia
calmada por fin veré.

LUIS. Permita usted que en mi anhelo
bese esa mano adorada,
y entre una dulce mirada
suba nuestro amor al cielo! (*besándola la mano.*)

ESCENA IX.

Dichos, EDUARDO *por la segunda puerta de la izquierda,* ADELA *por la primera de la derecha sin ser vista.*

EDU. Ah!

ADE. Cielos! él, ella! (*ap., y se retira.*)

CAR. (*á Luis.*) Vete.

LUIS. (*á Carolina.*) Te obedezco. Adios, señora.

EDU. (He llegado á buena hora.)

LUIS. (Quién será este mozalvete?)

ESCENA X.

CAROLINA, EDUARDO.

EDU. Siento haber interrumpido...

CAR. Caballero... yo no sé...

EDU. Ah! sin duda ignora usté...
Soy Eduardo; he venido
á casarme, segun creo;
mas si usté es la prometida,
me han ganado la partida,
señora, por lo que veo.

CAR. Yo nada sé...

EDU. (Ah! si, ya caigo,
esta es la otra.) Señora,

perdone usted, me distraigo
muy amenudo... y ahora...
(Don Tadeo me ha advertido
que esté sério, y á fé mia
que si me rio, es sabido
que al instante se rendia.
Nada, la abandonaré,
aunque en sus ojos ya leo...)
Voy á ver á don Tadeo.
Señora, á los pies de usté.

ESCENA XI.

CAROLINA.

Se marcha! Cielos! Qué es esto?
Oh! qué dicha, si renuncia
á esta boda, no hay remedio,
sin obstáculo soy suya.
Pero mi tio... qué haré?
Si mi entrevista le acusa,
querrá... pero no, no importa,
estoy decidida, y nunca
de un enlace que detesto
me doblaré á la coyunda.

ESCENA XII.

CAROLINA, ADELA.

ADE. (Infames! Los dos
estaban aqui!
Hipócrita y falsa
burlóse de mi...
Y yo, que inocente
mi pecho le abri,
sin ver que ella, astuta,
sabia fingir!)
CAR. Ay! Cielos! Adela,
estabas aqui!
No sabes, querida,
que soy muy feliz?
ADE. Comprendo, comprendo
tu dicha sin fin,
mas puede esa dicha
quizás concluir.
CAR. Tu acento me admira!
ADE. Lo debo decir;
aqui hace un momento
con otro te vi.
CAR. Si, si, Adela mia,
mi amante Luis.
ADE. Tu amante! Por Cristo,
que me haceis reir!
Ese hombre á esta casa
se acerca por mi.
CAR. Qué dices?
ADE. Y á verme
tal vez vino aqui.
CAR. Deliras, Adela.
ADE. Deliro! No asi
habláras, si vieras
cual le hago sufrir.
Sus ojos risueños
los miro cubrir,
al verme, de un tinte
de rojo carmin.
Sus dulces miradas
que vagan sin fin,
me dicen... me dicen
que muere por mi!
CAR. Te engañas, Adela;
capaz de fingir
no ha sido en su vida
mi amante Luis.
Sus dulces palabras,
el fuerte latir
del pecho que guarda
tesoros sin fin
de amores, que á mi sola
me quiere rendir,
me dicen, Adela,
que muere por mi.
ADE. Oh! tanto no creas
que pueda sentir,
su pecho anhelante
amores por ti;
sus ojos no mienten
yo, sola, los vi
de lágrimas puras
y amantes cubrir;
por eso al mirarle
el alma le di,
y estoy convencida
que muere por mi.
CAR. No en vano lo creas,
Adela, que aqui
juròme hace poco
amores sin fin;
ni acaso su pecho
jamás fijó en ti,
ni sabe que el tuyo
por él late asi.
No en vano lo creas,
que alegre y feliz
me ha dicho, hace poco,
que muere por mi!
ADE. Veremos quién vence.
CAR. Acepto la lid.
ADE. Tu esposo ha llegado.
CAR. Tendrá que partir.
ADE. Tu tio lo manda.
CAR. Y quién manda aqui? (*al corazon.*)
ADE. Cuál es tu intento?
CAR. Amarle sin fin.
ADE. Y crees segura...
CAR. Que muere por mi!

ESCENA XIII.

ADELA.

Oh! si es cierto! El me miraba,
no hay duda, pero en verdad
que no puedo comprender
esta entrevista. Es casual,
ó ha sido de Carolina
siempre constante galan?
Oh! yo lo averiguaré,
y si otra vez se ven...
Quién podrá enterarme, quién?..

ESCENA XIV.

ADELA, EDUARDO, *con una rosa en la mano.*

EDU. Yo, Adela; á los pies de usté.
ADE. Ah!
EDU. (Bellísima criatura!
El tio me manda aqui
á que me declare. Oh! si,
esta es mi cara futura.)

ADE. Usted...
EDU. Perdon, señorita,
si pequé de descortés.
Vengo á poner á sus pies
esta flor... medio marchita.
La ha marchitado mi amor,
mas si usted la admite ahora,
volverá otra vez, señora,
á estar lozana la flor.
(No ha sido mala la entrada,
y en tan empeñada liza,
si la largo una sonrisa
queda al punto conquistada.)
Hermosa Adela, muy ufano
de ver á usted... á lo que infiero
usted sabrá...
ADE. Caballero...
EDU. Oh! qué?
ADE. Beso á usted la mano.

ESCENA XV.

EDUARDO.

Demonio! Adela se ha ido.
Oh! no llego á comprender...
Pues por mas que me he reido
no la he podido vencer.
Si estaria equivocado
y es la otra... no me atrevo...
no, pues de aqui no me muevo.
(*viendo á Carolina.*)
A buena hora ha llegado.

ESCENA XVI.

EDUARDO, CAROLINA.

CAR. Cielos!
EDU. Señora, impaciente
por ver á usted me encontraba.
CAR. (Yo vine, porque ignoraba
que él estuviese presente.)
Y bien?
EDU. Lo que aqui me pasa
no me lo esplico, señora;
aun no hace media hora
que yo he llegado á esta casa,
y no sé... En fin, es preciso
que usted me esplique... yo vengo
para casarme... y yo tengo
que cumplir mi compromiso.
CAR. Pues por el mismo camino
salir de Madrid pudiera;
yo de ninguna manera
cederé á tal desatino.
EDU. Señora!

ESCENA XVII.

Dichos, LUIS.

LUIS. (Vuelvo á buscar...
Otra vez! Ya me encocora...)
(*reparando en Eduardo.*)
EDU. Pues no hay remedio, señora,
yo me tengo de casar.
LUIS. Qué dice?
EDU. A usté quién le llama?
LUIS. Sepa usted que yo no gusto...
EDU. Yo hablo con esta dama.
CAR. Que escucha muy á disgusto.
EDU. Y el fuego que por mi mal
arde aqui...
CAR. No quemará;
arrójese usté al canal
y alli se le apagará. (*vase.*)

ESCENA XVIII.

EDUARDO, LUIS.

LUIS. Caballero!
EDU. Caballero!
LUIS. Comprendo que uno de dos
está aqui de mas.
EDU. Infiero
que ha de ser usted, por Dios.
LUIS. Tendrá usté al fin que batirse,
uno ha de morir mañana.
EDU. Pues ya puede usted morirse
cuando le diere la gana.
No faltaba mas, que yo
cuando en mi risa un tesoro
poseo, por un—te adoro—
fuera á batirme? No, no.
Cuando blancas y morenas
tengo, sin duelos ni agravios,
las mugeres... á docenas
solo con abrir los lábios?
LUIS. Aunque cualquiera muger
á usted rinda sus favores,
por eso no he de perder
el fruto de mis amores.
EDU. (Cielo santo! qué he escuchado:
Unos amores con fruto!
Ay! de buena me he librado;
vaya si el tio es astuto!)
Caballero, por mi honor
le juro que no hubo arte...
Disfrute usted de su amor,
que yo renuncio mi parte.
LUIS. Voy á verla sin tardanza,
para decirle á su tio,
que su amor... del pecho mio
es la mas bella esperanza!

ESCENA XIX.

EDUARDO.

Por Cristo que me han dado
pesada broma!
Cazada en otras redes
va la paloma.
Asi son ellas!
Fíese usté incauto,
de las doncellas!
Buques que al mar se lanzan
á toda vela,
y cuando el puerto miran
virando entran,
y tan veleros,
que nunca necesitan
usar los remos.
Pobres de los que fian
en las aleves;
que donde menos piensan
salta la liebre.
Asi son ellas!
Fíese usté, incauto,
de las doncellas!

ESCENA XX.

EDUARDO, DON TADEO.

TAD. Oh! gran noticia; ahora mismo
me la acaban de traer;
antes de veinte y cuatro horas
ministro al cabo seré.
EDU. No las tengo yo tan buenas
para dárselas á usted.
TAD. Qué ha sido?
EDU. Que su sobrina
es una mala muger.
TAD. Caballero!
EDU. No hay remedio,
por mas que lo sienta usted.
La que tiene unos amores
que no autoriza la fé
de nuestra Iglesia, y amores
que han sido ya al parecer
mas que amores...
TAD. Caballero!
EDU. Todo probarlo podré.

ESCENA XXI.

Dichos, LUIS, CAROLINA.

LUIS. No necesita usté hacerlo,
porque yo mismo lo haré.
TAD. Qué, qué es esto? Qué manejo
ha habido aqui?
LUIS. Que ha querido
su sobrina un buen marido,
porque usted ya está muy viejo...
TAD. Tiene usted muchos ribetes
de pedante, caballero,
y me ha hecho, á lo que infiero,
un juego de cubiletes.
LUIS. Escuche usted; yo la amaba
con todo mi corazon;
es mi primera pasion
y en ella mi dicha estaba.
TAD. Es decir, que...
LUIS. Que no tuerza
nuestras horas mas serenas.
Si usted lo consiente, á buenas,
y si no quiere... á la fuerza.
TAD. (Vaya una eleccion bonita
que me deja en este instante
el intempestivo amante
de mi buena sobrinita!
Digo, si en un tres por dos
cuando yo llegue á subir
al ministerio, á elejir
me dan asi, vive Dios
que lucirá mi gobierno!)
LUIS. De padre hace usted con ella;
no desoiga su querella
y admítame por su yerno.
TAD. En fin, y qué hemos de hacer?
Y usted? (*á Eduardo.*)
EDU. Quién, yo?..
TAD. Si señor.
EDU. Yo... me quedo sin amor.

ESCENA XXII.

Dichos, ADELA.

TAD. Espere usté, aun hay muger.
ADE. Qué?
EDU. Yo la vengo á pedir...
TAD. Tu prima ya la he casado.
ADE. (Era ella! Me he engañado!..
Debo entonces admitir.)
Esta es mi mano. (*á Eduardo.*)
EDU. (Triunfé
en la complicada liza;
no hay duda, con mi sonrisa
su corazon conquisté!)
CAR. Y usted? (*á don Tadeo.*)
TAD. Yo! Tambien me espera
un casamiento.
CAR. Es verdad?
TAD. Me caso... con la cartera
por toda una eternidad.
LUIS. (*á Carolina.*) Por fin entre las nubes
brilló la aurora,
y el sol de la ventura
risueño asoma;
y tus amores
vienen á abrir la tumba
de mis dolores!
Brotó tierna y lozana
la flor marchita,
de tu cariño el riego
su tallo anima,
que en la bonanza,
jamás la flor se agosta
de la esperanza!
CAR. De la muger la vida
de amores llena,
solo endulzar los dias
del hombre anhela,
y en su delirio,
consuela sus pesares
con el cariño.
Si un dia la desgracia
de amor se llora,
el sol de nuestra dicha
despues asoma;
que en la bonanza,
jamás la flor se agosta
de la esperanza!

FIN.

MADRID, 1857.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, *bajo*.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Puede representarse.—El censor: *Pablo Yañez.*